

ANVERSO Y REVERSO DEL CONQUISTADOR ESPAÑOL

Por ADELA LOPEZ PEGO

SI siempre resulta difícil enjuiciar con acierto un hecho de trascendencia en la historia de la humanidad, para nosotros españoles ha de serlo todavía más si se trata de algo tan íntimamente unido a nuestra esencia hispana como la manera de ser y la psicología de unos hombres que representaron en su tiempo la magnífica fuerza vital y expansiva de nuestro pueblo.

No se trata ahora, sin embargo, de estudiar la conquista de América desde el punto de vista meramente histórico, sino simplemente espiritual, o si se quiere, de un modo sentimental. Para comprender la conducta llevada a cabo por los conquistadores, ha de calarse primero y muy hondamente en su psicología, y después de ello se nos aparecerán, no ya como figuras de maniquí, que movidas por un gigantesco guiñol realizan sin cesar proezas y más proezas, sino como una legión de hombres de carne y hueso que lucharon y vencieron—y perdieron a veces—, situados, o mejor, enraizados en aquellos siglos tan españoles.

Lanzar gratuitamente una opinión cualquiera, laudatoria o insultante, acerca del comportamiento de los conquistadores es fácil, es quizá demasiado fácil. Pero ese no puede ser nuestro objeto. La retórica o la hojarasca en torno a un problema tan fundamental y vivo para los estudiosos y aficionados a la historia de América, es casi un insulto a la seriedad y gravedad que han de tener los estudios americanistas.

Hemos pues de llegar, partiendo de la raíz contemporánea de los cronistas y pasando por las opiniones particulares de muchos escritores

de la conquista, a un conocimiento, si no exacto, al menos aproximado, del panorama mental y humano que ofrecían aquellos hombres en su contacto con el pueblo vencido. Todos sus sentimientos, la enorme sorpresa de verse de pronto encumbrados a la primera fila en la opinión del mundo, su desconcierto ante nuevas gentes y civilizaciones, su hombría, su religiosidad, su lealtad, y también su soberbia, su ambición, su crueldad, todos sus defectos que, por ser tan humanos, informan de un modo completo su esencia y su manera de ser, han de formar el objeto de este estudio; y tal vez al final podamos decir con toda verdad y con la fuerza enorme que poseen, estas palabras: el conquistador español del siglo xvi fue un hombre español y cristiano.

La Europa del siglo xvi: España.

Para poder comprender la psicología de una época, es necesario estudiar ante todo la plasmación histórica de esa misma época. Si queremos saber cómo fue la mentalidad de un hombre del siglo xvi, hemos de saber antes cómo vivía ese hombre, en qué medios se desarrollaba, con qué elementos culturales contaba, cuál era, en fin, para él, el campo experimental de sus hazañas. Es preciso, pues, vivir un poco la España del siglo xvi, ya que sin sentirla no podremos luego entrar de lleno en un mundo hasta cierto punto abstracto: en el mundo de los sentimientos y las ideas del hombre.

Pero España es sólo un elemento del conglomerado político europeo; España actúa tal vez de un modo distinto al de los otros países occidentales. El problema es, pues, quizá universal. Saber cómo era Europa en lo político y en lo religioso: éste ha de ser el primer jalón de nuestro estudio, y después, concretando esta visión panorámica a nuestra nación, encontraremos en ella forzosamente la huella y la acción profunda de los hombres que la formaron.

Europa en lo político está ya saliendo, a principios del siglo xvi, de ese estado de transición en que la pusieron de una parte las nuevas corrientes de los modernos estados, y de otra las reminiscencias feudales de la época medieval. Al comenzar el siglo xvi, Europa es en general una reunión de estados que tienden al absolutismo. En este nacimiento simultáneo de los diversos países no hay todavía una directriz hegemónica que actúe de un modo tajante. España ha descubierto América, y este va a ser sin duda el factor que, combinado con la aparición

en el trono de personas privilegiadas en el arte de gobernar, va a dar como resultado, a mediados del siglo, una situación privilegiada en lo político. Francia también aspira a la hegemonía; en el corazón de Europa, posee una cohesión de que carece España, por ejemplo. De aquí la dualidad francoespañola y las guerras de Italia. Inglaterra, por su parte, separada del continente y en una posición estratégica muy favorable, intenta manejar en su favor los intereses encontrados de Francia y España. Y los restantes países europeos, vacilando entre una y otra parte, son sólo instrumentos del trío político España-Francia-Inglaterra.

En resumen: unos estados modernos con tendencia a buscar la hegemonía; unos gobernantes hábiles en la política y la diplomacia; unos ejércitos que no se parecen ya en nada a las antiguas fuerzas feudales; y sobre todo, el sentimiento general de que se ha llegado a un punto en que la política, la diplomacia, la estrategia, la técnica guerrera son totalmente algo nuevo. Europa ha roto con la Edad Media. El Renacimiento no lo es sólo en las artes y las letras; lo es—y sobre todo—en la nueva vida política de los pueblos.

Pero toda la historia de la Edad Moderna no puede desprenderse del factor espíritu. En este sentido Europa, en el siglo xvi, se ve conmocionada por una serie de trastornos religiosos. Esto sin duda influye e incluso cambia el curso de una historia nacional.

En la Edad Media, Europa vivía en función no ya de una religión, sino de una institución a medias política: el papado. Pues bien, en la Edad Moderna, esta institución se subordina al poder temporal de un modo mucho más profundo, actúa de una manera más extensa, más superficial. En cambio, es ahora el dogma, la esencia pura de la religión, quien trastorna a veces toda una historia política. Europa ha perdido la fe, al menos esa fe ciega que alumbró a los cruzados. Es posible ya la duda. Antes no se concebía una defensa de la religión cristiana, porque su ataque era metafísicamente imposible. La revolución religiosa del siglo xvi es algo de raíces mucho más profundas que las que puedan tener las disputas, las dudas y hasta las guerras con los luteranos; es la crisis de la conciencia medieval. En religión hay también un renacimiento en el sentido de que aparece por primera vez su aspecto puramente subjetivo en el hombre. El desconcierto espiritual, que aparece justamente en este siglo xvi, es en cierta manera parecido al confusio-nismo existente en el alma de un adolescente. Europa no es más que eso: un adolescente pero con mucho peso detrás, y en la lucha por desembarazarse de ese peso, el mundo civilizado occidental va a desangrarse

en los campos de Flandes, de Italia, de Centroeuropa, a una luz nueva y sorprendentemente distinta de la que alumbró el mismo panorama siglos atrás.

Y en este mundo, España. España que comienza a serlo precisamente en el momento en que deja de ser el conjunto de varios territorios, condados o coronas, incorporándose al mundo moderno con el sentido absolutista de sus monarcas. Cayó el feudalismo al mismo tiempo que eran arrasados sus castillos; se domeñó el sentido del municipio como separatismo; se unió la clase media a las tareas del gobierno; la clase humilde adquirió la responsabilidad de una sumisión al rey muy distinta del servilismo que profesaba al noble; se pensó y se ejecutó la creación de un ejército permanente; se fomentó la propagación de la cultura renacentista; el plateresco llegó a todos los rincones al mismo tiempo que el ritmo sereno del endecasílabo. España renació intelectual, artística, social y políticamente. Pero en lo religioso España no necesitó renacer, porque su nacimiento había sido verdadero y perdurable; y ésta es la tónica que da España en la Edad Moderna: simplemente la conservación pura e intacta de su catolicismo. Ha de llegar el siglo xviii para que España rompa (y nunca de un modo absoluto) la línea armónica de tantos siglos.

Se ha dicho muchas veces que el español vive solamente de su historia pasada, y es que precisamente en esa historia pasada fue cuando el español vivió de un modo pleno, absolutamente acorde con su manera de ser.

Pues bien: un hombre cualquiera nacido en la España del siglo xvi se encuentra con que su nación es poderosa en lo político—el emperador Carlos bañó materialmente su reinado de esa sensación de poderío—, es fuerte en lo religioso—el dogma permanece intangible mientras vacila o sucumbe al otro lado de los Pirineos—, es afortunada en empresas gloriosas—América se ha descubierto y se está conquistando de un modo apropiado a los libros de caballerías—, es magnífica y exuberante en arte, en literatura... Este hombre, dotado además de un temperamento de atavismos árabes muy cercanos, no tiene más remedio que poseer el optimismo que le da solamente su nacimiento; si a esto unimos una visión del porvenir halagüeña en los extensos campos de la política, la religión, la conquista o las artes, tendremos una semblanza de lo que fue el español medio del siglo xvi.

Este hombre, con toda la fuerza vital de su temperamento, educación y conciencia de superioridad, ve ante sus ojos, si es que no ha hallado antes un acomodo afortunado en la Península, abrirse un camino

lleno de promesas. América a comienzos del siglo es todavía sólo una promesa; no se ha pasado de las Antillas, pero el espíritu del español, aventurero y deslumbrado todavía a lo medieval por las fantásticas narraciones de viajes, entrevé, y nunca con mayor acierto, las posibilidades que se le ofrecen en ultramar. Y marcha. Pasa a las Indias cargado de ilusión, de temeridad, de ambición.

Ya tenemos a los españoles en América; seguiremos su camino sin apartarnos de lo que de ellos nos dicen sus contemporáneos; tal vez alguno de los propios conquistadores nos hable con palabras sencillas en un castellano popular y realista. Estos serán sin duda los mejores testimonios.

Características del conquistador español.

Estudiando a grandes rasgos la historia de la conquista de América, lo primero que viene a la imaginación es la duda de que sean ciertas todas las hazañas que se nos cuentan. Y sin embargo, nada más verídico y comprobado documentalmente de un modo exhaustivo.

Humanamente hablando, para conseguir en menos de un siglo la conquista y descubrimiento de un continente inmenso, jugando únicamente un número de hombres escaso y casi sin recursos, hubieron de ser forzosamente necesarias en estos hombres unas cualidades especiales que hicieran posible semejantes empresas. He aquí, pues, cómo tan sólo la lógica nos dicta una tesis que luego se comprueba por el documento.

Un hombre desnudo de ambición, carente de valor personal, poco sufrido en su cuerpo, no hubiera podido andar tantas leguas, padecer tanta hambre y sed, ser herido una y otra vez y ver desvanecidas sus esperanzas en muchísimas ocasiones, sin sucumbir a este régimen de circunstancias difíciles. Ambición, valor, resignación: he aquí los tres rasgos indiscutibles del conquistador.

Pero cuando hablamos del siglo xvi español, parece que hablamos ante todo de religión. El conquistador ¿fue un hombre auténticamente cristiano? Independientemente de la veracidad de sus creencias, es evidente la fuerza impulsiva que tuvieron éstas. El conquistador, pensando que iba él solo contra miles de enemigos, nada hubiera hecho, sin duda; pero con la certeza (dada por su raíz y educación en la España del xvi) de que Dios era su guía, su ayuda y su fortaleza, pudo vencer en muchísimos casos desesperados. La religión en el conquistador es un aspecto poderoso de su personalidad.

El conquistador nace en una época moderna; ya empieza a pesar el sentimiento de patria en la balanza de los valores morales del individuo. Un siglo antes no hubiera sido «España» la que hubiera conquistado Méjico o Perú, la que hubiera descubierto el Pacífico o remontado el Amazonas. Hubiera sido tal principado, tal señor, tal fuerza parcial. El conquistador comienza a tener conciencia de patria al mismo tiempo que entera sumisión al rey; éste es su señor natural, y lo es por su derecho, de origen divino, a poseer la corona. Para el español-conquistador la traición a su rey es casi un pecado parecido al que entraña la apostasía o la herejía. Su propia subjetividad se inclina ante la objetividad de unos preceptos impuestos por el monarca. Por eso la traición es condenada con la muerte de horca que es la más infame de las muertes.

Pero todas estas cualidades positivas para la conquista son reafirmadas por otra no menos importante: se trata de la disciplina y obediencia al jefe. España no envió a América ejércitos organizados a la manera de los tercios de Flandes o de Italia, pero los hombres que fueron, llevaron el sentido moderno de la responsabilidad y de la disciplina. Si cada uno de los componentes de la exigua tropa de Cortés se hubiera alzado contra su legítimo mando, inútiles hubieran sido el valor, la ambición, el patriotismo y aun la religiosidad individuales.

Cuando este factor—obediencia y disciplina—falla, vemos entorpecerse la marcha de la conquista—guerras civiles del Perú—; cuando, por el contrario, se observa fielmente, vemos desaparecer los obstáculos más insuperables—descubrimiento del Pacífico por Balboa—.

Pero el conquistador no es un hombre perfecto; sus mismos defectos le afirman en su auténtica cualidad de hombre. Son innumerables las citas de cronistas y escritores españoles y extranjeros sobre la crueldad de los conquistadores. Esto es algo cierto; hubo muchos desmanes en la conquista y muy vituperables, de acuerdo. La triste verdad es que en muchos sitios no se hubiera llegado sin estos desmanes a una conquista positiva. Desde luego, hubo lugares en que la penetración pacífica hubiera resultado práctica; en otros, en cambio, tenía que emplearse la fuerza. El español, que no sabía matizar, empleó la fuerza cruel. Pero es que estas distinciones no pudieron apreciarse hasta que hubo cierta perspectiva histórica.

Individualmente, y por regla general, los procedimientos fueron muy poco suaves y hasta injustos; la codicia del oro, poderoso incentivo de los españoles, hubo necesariamente de dar este resultado. En el siglo XVI andaba la moral muy separada del dogma; actualmente sucede

todo lo contrario, por lo menos en la apariencia. Hernán Cortés pudo recibir para él y sus soldados un presente de mujeres ofrecido por un caudillo mejicano, solamente después que estas mujeres hubieron sido bautizadas; esta es la anécdota-símbolo de toda una conducta llevada a cabo por los españoles en América. Hoy nos parece esto una cosa absurda; entonces fue un hecho tolerado, ya que no sancionado, por el capellán de la expedición cortesiana fray Bernardo de Olmedo.

Así se nos va dibujando la figura del conquistador a través de una serie de trazos que son sus rasgos espirituales fundamentales. Pero es necesario comprobar documentalmente la veracidad de estas aseveraciones, y entre la inmensa cantidad de testimonios que nos ofrecen escritores y cronistas, he entresacado algunos muy expresivos que confirmarán sin duda apreciaciones que de otra manera podrían aparecer como gratuitas.

Testimonios de escritores y cronistas.

Hemos dicho que el español, cuando pasa a Indias, lo hace con un objetivo determinado de buscar fama, gloria, hazañas, en que basar su fortuna. Este es un determinante de la conquista, el factor ambición. Ya no sólo frases o citas de los cronistas, la historia misma está formada ante todo por la ambición personal de los conquistadores. Las conquistas de Méjico y Perú, por ser las más conocidas, son el mayor ejemplo que se pudiera presentar. Los 13 de la fama de Pizarro son el exponente. Y nos lo dicen los escritores; aquel Inca Garcilaso, cuyo padre fue el típico representante del conquistador español, dice: «Los españoles... andaban tan ganosos de descubrir nuevas tierras... que volvían de nuevo a nuevas conquistas y mayores esfuerzos para salir con mayores hazañas que eternizasen sus famosos nombres»¹.

El español conquistador busca la gloria con el mismo afán con que lo hiciera en los tiempos medievales el caballero. El campo americano es en este sentido el terreno apto para una especie de caballería andante del siglo XVI. La impronta de varios siglos de Reconquista se manifiesta en América del mismo modo que en los campos de Andalucía contra el musulmán.

1. GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, *La conquista del Perú*.

No hace falta poner a prueba este rasgo indiscutible en el alma del español de la Edad Moderna. Es absolutamente veraz. Y nos lo repiten todos los cronistas: Bernal Díaz, López de Gómara, el rudo Cabeza de Vaca ². También nos hablan voces más cercanas a nosotros: Prescott, Lummis, extranjeros que ponen su sinceridad antes que una animosidad inexplicable. La ambición personal del conquistador es algo absolutamente concedido por los escritores españoles y extranjeros.

El acicate de la ambición va unido ciertamente en el conquistador español a un afán de lucro lógico. El oro es el «leit motif» de las crónicas de la conquista. El es en muchísimos casos la meta a la que se quiere llegar. Sería inútil y hasta pueril el negarlo y todavía más pueril el intentar justificarlo. En realidad no hace falta. No es desdoro para el conquistador fijar sus ojos y sus miras en algo que indiscutiblemente proporciona felicidad. Actualmente sucede lo mismo y a nadie se le ocurre criticar tal conducta o tal punto de vista.

El conquistador desafiaba peligro tras peligro por encontrar el vellocino de oro: «Como el oro comúnmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos más tienen más quieren...» ³, nos dice Bernal, que sin duda participó en esta sed de oro. López de Gómara adopta una actitud pudibunda y regañosa en el mismo asunto, la actitud del que vió la cosa desde lejos: «Empero grandísima culpa tuvieron por tratillos muy mal, acodiéndose más al oro que al prójimo» ⁴. Como nos dice el famoso hispanista Lummis: «A esta universal y perfectamente legítima afición al oro, debemos principalmente el que se descubriese la América». De manera que a nosotros, españoles, sólo nos toca de un modo evidente ensalzar tan bendita debilidad que abrió camino a una civilización.

La búsqueda de Eldorado, de las siete ciudades, de tantos y tantos mitos, fue la ocasión para que las exploraciones se realizaran en extensos territorios que de otra manera nunca se hubieran abierto a los ojos de los españoles. El oro que en Europa apenas existía, aparecía deslum-

2. ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA, *Naufragios y comentarios*: «Que yo quería más aventurarme al peligro... que no... dar ocasión a que se dijese... que me quedaba por temor... que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición».

3. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*, 1.^a parte.

4. FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *La historia de las Indias y conquista de México* (Zaragoza, 1552).

brante en la nueva tierra ⁵. Y el español se cegó, se cegó de un modo absolutamente normal y humano. No vió lo que venía después. No entrevió en un principio las inmensas posibilidades que le ofrecía aquella tierra. Los conquistadores sólo vieron el brillo de unos cuantos objetos y el rápido correr de una cascada dorada que caía desde las altas mesetas peruanas y bolivianas... Era una fiebre que les envolvía apenas sentaban el pie en el nuevo continente. «El oro—dice Prescott—era el estímulo y la recompensa, y al correr tras él su naturaleza inflexible pocas veces vacilaba ante los medios» ⁶. Los españoles buscaban el oro como un ídolo, y ciertamente a este ídolo fueron sacrificadas muchas vidas y muchos intereses sagrados. La codicia del oro humanizó quizá en demasía la conducta de los conquistadores. Estos tenían que volver a España o lograr en América un porvenir brillante; para ello contaban con una ambición que les había de conseguir la fama personal y con un porvenir de riqueza a que les conducía sin duda su desmedido afán monetario y de recompensas.

Hemos afirmado rotundamente el valor humano extraordinario del conquistador. Para probarlo basta leer la simple historia de unos sucesos casi inverosímiles. Dice Kirkpatrick: «Es difícil encontrar lo normal en los hechos de los conquistadores» ⁷. Todo es desmesurado, desaparece aquí la pincelada minuciosa que hubiera empleado un pintor primitivo flamenco. Es la hazaña barroca, monstruosa, iluminada por una luz potente ⁸ y a veces desgarrada. Se pierde la noción individualista. Ya no se trata del valor de un conquistador determinado, sino del valor en sentido universal, del heroísmo colectivo. Y sin embargo, aunque parezca paradójico, el español sintió miedo, sintió temor de aquella desusada aventura, el terror de lo desconocido, la impresión tremenda de aquella gritería, avalancha humana que se le venía encima tantas y tantas veces. Sí, él tenía conciencia de superioridad, pero no podía evitar el sentimiento tan humano del miedo, no de la cobardía. Nos dice Cortés: «Certifico a vuestra majestad que no había tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan dentro en la tierra y entre tanta y tal gente y tan sin esperanzas de socorro» ⁹. El conquistador tuvo miedo,

5. PEDRO PIZARRO, *Relación del descubrimiento y conquista... del Perú*: «Los que a esta tierra vinierades, sabed que hay más oro y plata en ella que hierro en Vizcaya».

6. W. H. PRESCOTT, *Historia de la conquista del Perú* (trad. esp., Madrid, 1847).

7. F. A. KIRKPATRICK, *Los conquistadores españoles*.

8. «Se siente uno tentado a escribir la historia de la conquista española con superlativos», dice el mismo KIRKPATRICK, op. cit.

9. HERNÁN CORTÉS, *Primera carta de relación de la conquista de Méjico*.

pero no respondió a él, respondió sólo a la fuerza de su nacionalidad y de su sangre, de su temperamento y de su tradición. Y después de haber vencido, cuando veía a los indios sometidos, humildes, casi adorando a aquellos nuevos ídolos blancos, el español sólo pensaba en que esta sumisión la había ganado él con su valentía, con su fuerza, con su ánimo, y «preciábase de sí mismo con jactancia»¹⁰, adquiriendo nuevos títulos y estímulos su valor después de cada batalla—su valor que había de cimentar una fama y que era algo ineludible—. Como impulsado por un ciego destino, el conquistador tenía que poseer un gran valor, era una condición obligatoria, y Hernán Cortés así lo exigió de sus soldados¹¹ cuando éstos se encaminaban a Méjico, en un país lleno de emboscadas, cercado de peligros, como dice Bernal: «Qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen». Y no se trata de una conclusión con pretensiones racistas; es pura y simplemente una exposición de los hechos.

Parece insistente e incluso machacona la alusión de los cronistas al valor de los conquistadores; es una nota siempre repetida y siempre nueva. Ahora, a la luz de cuatro siglos, leemos estas afirmaciones con un innegable y disculpable orgullo. Sentimos lo que podría llamarse una «alegría nacional», porque somos herederos directos de los protagonistas de aquellas novelas auténticas. Y sencillamente, comprendemos su reacción clara y viril, comprendemos como nadie la verdad de estas palabras dichas por un escritor barroco del más puro estilo: «Porque los españoles no conocían el temor, como enseñados a grandes peligros y hechos a buscar la gloria entre las dificultades»¹².

Quizá hablara Cortés con otras palabras más duras y no tan bien ensartadas; Antonio de Solís las tradujo a un estilo floreado, pero dejó intacta su profunda verdad psicológica; nosotros pensamos y decimos con él: «Mal conocéis... a los de mi nación. Ese camino que habéis embrazado, se ha de seguir sin otra razón que su misma dificultad, porque los españoles, siempre que tenemos elección, nos inclinamos a lo más dificultoso»¹³.

Y no es pretensión nuestra afirmar en este sentido la superioridad

10. GARCILASO DE LA VEGA, *La conquista del Perú* cit.

11. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.: «Cortés le respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados».

12. ANTONIO DE SOLÍS, *Conquista de Méjico*, I. I.

13. ANTONIO DE SOLÍS, *Conquista de Méjico*, I. I.

española a la de otras naciones. Probablemente y en casos parecidos se hubieran puesto éstas a la misma altura. No habla España al comparar la figura de César con la de Cortés o Pizarro; es un norteamericano quien lo hace, es Charles F. Lummis¹⁴. ¿Hemos de creerle? ¿Qué veracidad otorgaremos también al en muchas ocasiones parcial Prescott, cuando afirma que «sólo hombres de extraordinario valor físico y valentía podían haberse librado de ser aniquilados por el mero peso de la cantidad?»¹⁵.

El español luchó por conservar su valor y esta lucha fue quizá lo más meritorio de su esfuerzo. Se entrevé el choque entre los dos sentimientos encontrados, en aquel barullo espantoso que debió ser cada encuentro con el enemigo, con los oídos ensordecidos por el clamor de la «guazabara», con la vista cegada por el correr de la sangre, con el pensamiento puesto en un porvenir horroroso de torturas e incluso canibalismo, con toda aquella tierra nueva que se les venía encima con una naturaleza desconocida y llena de asechanzas. El hombre en esos momentos perdía toda noción de hombre, no podía, le resultaba imposible ser cobarde, y se lanzaba ciegamente a la lucha, quizá a la muerte con una loca y extraña impasibilidad. Uno de ellos recuerda estos momentos, y su recuerdo al cabo de varios años es curiosamente vívido: «Era tanta la gritería y vocería que había, que todos estábamos como atónitos»¹⁶. De haber habido una inteligencia absoluta y comprensión de lo que era aquello, tal vez la hazaña no hubiera sido posible. Si aquella sublime ignorancia era heroísmo, resultan ciertas las palabras de José María Salaverría: «Del heroísmo ha nacido América»¹⁷.

Dije anteriormente que el conquistador en general poseía un rasgo: la disciplina militar, pero esta disciplina no debe entenderse al modo estrictamente castrense u ordenancista; en realidad, las expediciones de los españoles en el siglo xvi no eran expediciones militares. El conquistador no era un soldado en el sentido moderno de la palabra, ni siquiera lo era como su contemporáneo de Italia o Flandes.

14. CH. F. LUMMIS, *Los exploradores españoles del siglo xvi* (trad. esp., Barcelona, 1916): «Lo cierto es que aquel grande hombre, pequeño y calvo, de la antigua Roma... ninguna proeza llevó a cabo que superase las de cada uno de estos cuatro héroes españoles».

15. W. H. PRESCOTT, *History of the conquest of Mexico* (Nueva York, 1843).

16. PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista... del Perú* cit.

17. JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA, *Los conquistadores. El origen heroico de América* (Madrid, 1918).

Defectos de los conquistadores.

El conquistador no iba a América a obedecer bajo juramento a un superior, y sin embargo la virtud de la disciplina fue característica del español en América; claro que una disciplina muy «sui generis». El español luchaba a las órdenes de su capitán de una manera intuitiva casi; él se sentía perdido si se desligaba de su jefe por desobediencia, se veía solo y aislado en un país desconocido. Por eso, la desobediencia personal se dió pocas veces. Sí, en cambio, la colectiva, lo que vulgarmente se llama rebelión. De éstas hay bastantes casos y la razón es clara. El español iba con el propósito de subir muy alto, no se podía resignar de por vida a una condición subordinada, y por eso cualquier error del jefe era aprovechado en muchos casos como ocasión de protesta, de facción y aun de violencia. Las exploraciones y conquistas del Río de la Plata se vieron muchas veces oscurecidas por actos de este género y quizá la razón fue la falta de un caudillo enérgico que como Cortés o Balboa supiera conducir a las gentes con diplomacia e inteligencia. «Digo que nunca capitán fue obedecido con tanto acato y puntualidad en el mundo», dice Bernal¹⁸. En este caso concreto, repito, la disciplina se mantuvo absolutamente, gracias a la sagacidad de Hernán Cortés; éste, en efecto, habiendo decretado en su mente una medida cualquiera, la sometía hábilmente a la consideración y consejo de sus soldados, procurando conducir la opinión en el sentido que él deseaba. Tal fue el famoso caso de la destrucción de los barcos. Bernal Díaz del Castillo cayó en esta especie de trampa cortesiana; nos lo cuenta con su habitual sencillez: «Como entre nosotros había caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo que Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin tomar primero sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros...»

Esto sin embargo no ocurrió en todas partes, y sobre todo en el continente Sur las diferencias y rencillas fueron abundantísimas, no tanto por falta de disciplina militar como por choque entre soberbias de gran calibre, pues condición del conquistador era su soberbia exagerada, el excesivo engreimiento propio y, por consiguiente, la rivalidad que llegaba

18. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.

a límites insospechados ¹⁹. Así fue como se malogró la primera etapa del gobierno del Perú recién conquistado. Pizarro y Almagro llegaron a esta triste situación y el historiador Prescott se extraña de que para mantener una alianza efectiva durante la conquista tuvieran ambos que firmar un documento comprometiéndose solemne y religiosamente a guardar la hermandad necesaria ²⁰. Después se rompió este vínculo. Su soberbia les condujo a la enemistad, al odio: «Estaban ya emponzoñados», nos dice Pedro Pizarro, y arrastraron en su caída a todo el país.

Otro defecto muy español y del que no carecieron ciertamente los conquistadores, fue la envidia. Unida a la ambición, la vemos alcanzar a personajes de quien en verdad nos duele la existencia de tal condición. El afán por igualar y aventajar se extendió por todo el continente en una gradación monstruosa. Tenemos también abundantes textos que nos lo confirman ²¹.

Pese a tantas rivalidades, discordias y envidias entre los conquistadores, tenían éstos un aglutinante; era su evidencia de que trabajaban por una causa común. En el siglo xvi, como consecuencia de la creación del Estado absoluto español, unificado, empieza a tener sentido la idea de patria. Claro que no es este sentimiento actual que se mezcla con un cierto sentimentalismo. Ciertamente nada menos sentimental que el siglo xvi español. Será heroico, absolutamente grande, magnífico, pero no sentimental.

Sentimiento monárquico y religioso.

A mi modo de ver no es tan grande en el conquistador la sensación de que trabaja por una patria madre, como la de que todo su esfuerzo se ofrenda al Rey. No se puede olvidar la cercanía de la época medieval; y no es que se trate de un sentimiento feudalista; no, es algo

19. PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista... del Perú* cit.: «Otros dellos que fueron con Almagro al Cuzco venían tan hinchados y soberbios que todo este reino les parecía poco».

20. W. H. PRESCOTT, *Conquista del Perú* cit.: «El tono religioso de este documento es uno de los rasgos más singulares, especialmente si lo ponemos en contraste con la política cruel que siguieron los mismos hombres que lo firmaron, en su conquista del país».

21. Como HERNÁN CORTÉS, *Cuarta carta de relación de la conquista de Méjico*: «Y estando en esta villa del Espíritu Santo... me llegaron otras cartas... en que me hacían saber cómo las pasiones entre el contador y el tesorero todavía duraban... y que... habían puesto mano a la espada». ANTONIO DE SOLÍS, *Conquista de Méjico* cit.: «Y algunos soldados fomentaban el espíritu de venganza».

mucho más sutil y complicado. Es el sentido señorial de la vida visto a través de una concepción eminentemente moderna. No se pide al conquistador la lealtad absoluta de corazón e inteligencia al Rey, pero él la da voluntariamente como algo que no puede dejar de hacer, como algo que rastreando pueda quizá encontrarse en las más antiguas gestas españolas, en lo que yo creo el arranque de los libros de caballerías, en la lealtad de Mio Cid. Simbólicamente el mote que el conquistador lleva en su escudo es el servicio del rey; éste lo es por derecho divino y el español del siglo XVI, más que saberlo, lo siente ²², y es capaz, en consecuencia, de llegar al final de su empresa en una franca lealtad a su señor natural. En la carta enviada a la reina doña Juana y al emperador Carlos por el Ayuntamiento de Vera Cruz, se expresa de manera tajante: «Aunque hemos padecido infinitos trabajos, hemos servido a vuestras reales altezas y serviremos hasta tanto que la vida nos dure» ²³. Abundan en este sentido los testimonios y pasajes. Los caudillos españoles, llevaran o no requerimiento, parecían ser emisarios de una manifestación común: la de advertir a los indígenas que en adelante habían de obedecer al rey español ²⁴.

El sentido caballeresco de la lucha por una dama es substituído en el campo de la conquista por el del esfuerzo y la fatiga en aras de un interés nacional y hasta cierto punto trascendente al amalgamarlo con el sentimiento religioso. Así pudo decir Hernán Cortés: «Encomendándome a Dios y pospuesto todo el temor del daño que se podía seguir, considerando que de morir en servicio de mi Rey... se nos seguía farta gloria» ²⁵.

Los indios escucharían atónitos aquellas desconocidas grandezas que los españoles derramaban profusamente. Para ellos no tenía el menor interés el lejano señor que veneraban los blancos. Para éstos era uno de los motivos de sus fatigas y sus esfuerzos. El quinto del botín que se reservaba para la corona era algo intangible. Claro que hablamos en términos generales, ya que hubo gentes entre los conquistadores para quienes no existían escrúpulos de ningún género.

22. ANTONIO DE SOLÍS, *Conquista de Méjico* cit.: «Su causa nos lleva (la de Dios) y la de nuestro Rey, que también es suya, a conquistar regiones no conocidas».

23. Carta enviada a la Reina D.^a Juana y al Emperador Carlos su hijo por la Justicia y regimiento de la Villa Rica de la Vera Cruz a 10 de julio de 1519.

24. RUY DÍAZ DE GUZMÁN, *Historia argentina del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata*: «Y les procuró dar a entender las cosas de nuestra Santa Fe y buena policía, como la subordinación al Rey nuestro señor a quien debían toda lealtad, reconociéndole por su soberano señor».

25. HERNÁN CORTÉS, *Carta de relación de la conquista de Méjico*.

Formación cultural del conquistador.

Respecto a la formación cultural del español conquistador, hay que reconocer que se hallaba a peor altura que la de sus contemporáneos de la Península. Es decir, era nula o muy descuidada. En aquellos momentos funcionaban en España dos Universidades: Alcalá y Salamanca, pero el individuo que marchaba a las Indias era en la mayoría de los casos un aventurero para quien el estudio de las Humanidades no tenía el menor interés.

Su «modus vivendi» no se encontraba en las letras, sino en las armas, lejos de los claustros renacentistas y refinados; al aire libre, en una aventura que llenaba totalmente su temperamento positivo y sencillo. En muchas ocasiones el conquistador no sabía ni leer. Poseía tan sólo la sabiduría experimental adquirida en el curso de una vida azarosa; por eso su ignorancia no era la que podría poseer un cazurro labrador castellano. El conquistador se desenvolvía por sí mismo y en su reducido bagaje cultural él sabía encontrar, en el momento oportuno, un recuerdo, una idea sugerida por las cosas nuevas que veía. Así el soldado Bernal Díaz del Castillo, que en su niñez habría oído y leído sin duda muchos libros de caballerías siguiendo la moda del siglo, supo en una oportuna comparación encontrar el paralelo que le sugería una curiosa y nueva civilización con una entidad abstracta y maravillosa no existente en la realidad: «Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua... y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a Méjico, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís»²⁶.

Otros, muchos ciertamente, llevaban tras sí una estela viajera que les daba cierto aire de prestigio. Habían estado muchos de ellos en Italia o Flandes en esos tiempos en que el campo de batalla español era tan grande casi como Europa, y aunque lo que veían era totalmente nuevo para ellos, sabían comportarse en su asombro sin papanatismos provincianos²⁷. «Cierto — afirma Pedro Pizarro — pocas leyes habían leído estos señores ni entendido»²⁸. Auténticamente cierta la afirmación, por

26. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.

27. Como lo atestigua el mismo BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.: «...e entre nosotros hobo soldados que habían estado en muchas partes del mundo... en Italia y Roma... y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño e llena de tanta gente no la habían visto».

28. PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista... del Perú* cit.

lo menos en lo que respecta a la masa anónima. Los caudillos constituían en ocasiones una excepción. Hernán Cortés, con dos años de Universidad, todavía recuerda algo de aquellos latines de su primera juventud, y orgullosamente los suelta cuando quiere impresionar de un modo favorable con su erudición al emperador; así, dice en su primera carta de relación: «E aún acordeme de una autoridad evangélica que dice: *omne regnum in seipsum divisum desolabitur*»²⁹. Como contraste, el otro gran caudillo, Pizarro, no sabía ni firmar con su nombre; y como él muchos. Naturalmente, pasado el período de conquista, esta incultura tremenda, este analfabetismo rendía su fruto, muchas veces fatídico y no pocas mediocre; siempre muy por debajo del nivel que una conquista semejante hacía esperar.

Optimismo y rasgos de delicadeza en el conquistador.

He dicho antes que nadie menos sentimental que un conquistador español del siglo xvi, pero esto no quiere decir que el español del xvi careciera en absoluto de sentimientos delicados. Desde luego, fracasa quien intente buscar un reblandecimiento emocional en la conducta o frases del conquistador, pero rastreando concienzudamente, se llega a apreciar algún fallo en la dura corteza impuesta por las circunstancias, el medio ambiente, la época y el temperamento español recio de suyo. Es curiosa la relativa abundancia en el derramamiento de lágrimas. Muchas veces leemos que éste o aquél lloraron por tal o tal causa. El hombre moderno llora muy poco, a lo menos en público y sin embargo su sensibilidad está incomparablemente más afinada que en el siglo xvi³⁰.

El conquistador tenía, y es inútil decirlo, un buen humor muy desarrollado; en gran parte fue este el motivo de que pudiera sufrir tantos trabajos y peligros. Su optimismo sabía levantarle de la más negra desesperación a un estado de ánimo normal; es el humor español de tradición tan añeja que le hace reír en los momentos de mayor cerración futura «como si fuéramos—dice Bernal Díaz del Castillo—a bodas y regocijos, y sabíamos que otro día habíamos de entrar en batallas y que habíamos de vencer o morir en ellas...»

29. HERNÁN CORTÉS, *Primera carta de relación de la conquista de Méjico*.

30. PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista... del Perú* cit.: «Yo vide llorar al Marqués de pesar por no podelle dar la vida». BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.: «E Cortés lloró por él... y hombre hobo entre nosotros... de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre».

La camaradería les unía en todo momento, y en sus instantes de expansión festiva mezclábanse los jefes o los subordinados en un común regocijo, como aquel tan graciosamente infantil que produjo la hilaridad a Cortés y sus hombres a la vista de la gordura grotesca del cacique de Cempaola: «Fue necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados y porque tenía que reprimir en sí, dió la orden con forzada severidad». Esta camaradería es absoluta en Hernán Cortés, que «partía con sus compañeros cuanto adquiría, con tal generosidad que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos», según afirma Antonio de Solís.

Estas cualidades que suavizan algo la dureza peculiar atribuída al conquistador, ciertamente con algún fundamento, no fueron apreciadas por otros historiadores extranjeros. He aquí la versión que de él nos da Prescott: «El carácter del guerrero se revestía en cierto modo del colorido exagerado que se atribuía a sus hazañas, orgulloso y vano... con una invencible confianza en sus propios recursos, ningún peligro podía descorazonarlo, así como ningún trabajo le podía cansar... se deleitaba en obrar a impulsos de grandes estímulos... Pero en los motivos que tenía para obrar se mezclaban de una manera extraña las influencias mezquinas con las aspiraciones más nobles, y lo temporal con lo espiritual. El oro era el estímulo y la recompensa, y al correr tras él, su naturaleza inflexible pocas veces vacilaba ante los medios. Su valor estaba mancillado por la crueldad... Su religión era el manto cómodo que cubría una multitud de pecados»³¹. Hay mucho de cierto en esta pintura, pero Prescott no supo comprender lo familiar, lo insignificante si se quiere, del carácter del conquistador. Para ello hay que leer en su idioma nativo las crónicas españolas, para poder captar la íntima esencia que en definitiva es la misma que trasciende de las novelas picarescas. Quizá vió Prescott demasiado grande, demasiado monumental la figura del conquistador; esto no es extraño si se le despoja de sus matices humanos, caseros incluso.

Violencia, dureza, crueldad.

Pero la nota dominante en el conquistador es la violencia, la dureza, en muchas ocasiones la crueldad.

Su conciencia de superioridad le llevaba, por desgracia muy fre-

31. W. H. PRESCOTT, *Historia de la conquista del Perú* cit.

cuentemente, al abuso del vencido; y si la resistencia era fuerte, entonces con mayor motivo cometíanse atroces crueldades. A pesar de toda una legislación acorde con las doctrinas teológicas de santo Tomás y de la difusión de estas doctrinas confirmadas en parte por el P. Vitoria sobre la igualdad humana de las gentes, el conquistador no podía evitar la consideración de que aquellos seres extraños, de costumbres depravadas, eran no ya de una raza inferior, sino de que carecían del derecho a la libertad, a la propiedad, al gobierno propio, incluso al libre albedrío. Era ésta una postura lógica en medio de todo, lo cual no les redime en absoluto de todas las violencias y abusos cometidos. Y en rasgos generales, los indios tuvieron que sufrir muchos vejámenes del conquistador.

Vasco Núñez de Balboa, que por otra parte se distinguía por su política humanitaria, aconsejó una vez que a una tribu de caníbales se les quemase vivos, tanto jóvenes como viejos. Y añade Kirkpatrick: «La compasión de un polizón aventurero, que quizá nunca fue muy susceptible, es fácil de embotar con el constante sufrimiento y peligro y el ver cada día cómo perecían de hambre compañeros suyos»³². Es también cierto que los crímenes y delitos repugnantes de muchas de las tribus sacaban de quicio al viril temperamento español y que los conquistadores, que en gran parte carecieron de la virtud de la prudencia, no supieron encontrar el medio pacífico e inteligente para la civilización cristiana de los indígenas, confundiendo muchas veces en sus represiones a los inocentes con los culpables³³.

Los cronistas españoles no encubren de ninguna manera los delitos de sus paisanos. Sobre todo en el continente sudamericano las injusticias cometidas fueron desusadas en ocasiones. Y digo en el continente Sur, porque en Méjico los procedimientos fueron más suaves. El mismo Bernal, tantas veces citado, nos lo dice: «Dijo Cortés: ...e que mirase muy bien por todos los vecinos... y no se les hiciese ningún agravio por ningún soldado de los que con él estaban»; y en otro pasaje: «Escribió Cortés a Joan de Escalante... que mirasen que siempre favoreciesen a los pueblos totonaques nuestros amigos».

También Antonio de Solís hace resaltar la blandura de Hernán Cortés³⁴. Pero en el Sur la cosa fue muy distinta. Cieza de León, en su

32. F. A. KIRKPATRICK, *Los conquistadores españoles* cit.

33. PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista... del Perú* cit.: «Esta mujer mandó matar al Marqués... haciéndola varear con flechas y varas... y entiendo yo que por esta crueldad... me parece a mí que Nuestro Señor le castigó con el fin que tuvo».

34. «Hernán Cortés les rescibió con grande benignidad... y los puso en libertad... diciéndoles solamente que él sabía vencer y sabría perdonar».

Crónica del Perú, nos detalla en un largo párrafo alguna de las crueldades innecesarias de los españoles: «No dejaré de decir que pasaron grandes maldades y fuerzas contra los naturales, cometidas por los españoles, tomándoles sus mujeres...; y como iban caminando por los espesos arenales y las cargas fueran crecidas... los pobres indios se cansaban... Tanto los maltrataban que caían en el suelo muchos de ellos, y viéndoles caídos, por no pararse a sacar la cadena a los que en ella entraban para echarles fuera, algunos les cortaban las cabezas con poco temor de Dios». Es posible que haya alguna exageración en esto, pero todas las voces levantadas en contra, nos dan o nos deben dar cierta evidencia de esta crueldad, aunque intenten paliarla a veces los escritores más insospechados, como Lummis: «Hay que reconocer que los que resistieron a los españoles fueron tratados con muchísima menos crueldad que los que se hallaron en el camino de otros colonizadores europeos»³⁵. Pero esto es ya establecer comparaciones que siempre son odiosas. Ya dije antes que en este caso por desgracia la violencia fue algunas veces necesaria, aun yendo contra aquello de que el fin no justifica los medios.

He creído innecesario aducir más citas que atestigüen este régimen de conducta del conquistador; ellas son abundantes, y hablar más de esto resultaría ya un verdadero tópico, así como el intentar una defensa del método arbitrario con que a veces se intentó implantar la nueva religión.

Extensión de la religión.

Con una impaciencia verdaderamente española, urgía a los conquistadores dar a conocer lo que ellos llevaban tan adentro, tan hondamente impreso en sus mentes y en sus almas: su religión, lo que con toda seguridad no perdían nunca por ningún estímulo externo. El conquistador era orgulloso, inmoral en muchas ocasiones, hasta amoral en otras, pero lo que no fue jamás, salvo naturales excepciones, es un hombre sin religión, ni siquiera un indiferente; en este aspecto ha variado mucho la psicología española.

Es muy posible que en España, con motivo de la Reforma, reaccionara la opinión de las gentes de un modo muy normal: es decir, llevando la contraria, independientemente de la fortaleza de una fe que no podía

35. CH. F. LUMMIS, *Los exploradores españoles del siglo XVI* cit.

perderse al primer choque. Así, se aprecia un menor fervor y entusiasmo por las cosas de la religión en el tiempo del reinado de los Reyes Católicos, que en el inmediatamente posterior.

Todo el siglo xvi es una explosión gigantesca del fervor español en todas sus manifestaciones. Así pues no es de extrañar que lo encontremos igualmente en el terreno de la conquista, exacerbado con toda seguridad por la situación crítica en muchos casos, pues es sabido que el hombre se acerca a Dios mucho más fácilmente en los momentos supremos que en otros de su vida. Pero la fe estaba allí de antes, desde el momento en que cada español abría los ojos por primera vez en su ahora lejana patria. Su niñez, su juventud habían transcurrido a la sombra esperanzadora de la religión que era ahora quizá su única esperanza ³⁶, de la religión cuya expansión era sin duda para ellos un deber y, por tanto, uno de los móviles más poderosos que le impulsaba al combate tremendo y desigual: «Nadie tenía la menor duda de que sojuzgar a los paganos y esparcir el cristianismo eran deberes meritorios» ³⁷. El sentimiento profundamente veraz de su fe sirvió muchas veces como argumento psicológico para lograr la victoria; en estos casos, el guerrero, plenamente persuadido de la justicia y el derecho de sus armas, se lanzaba al combate con una fe ciega en su éxito; su moral, levantada de esta manera, le conducía más que el esfuerzo físico a lograr un fin favorable: «Y todos a una le respondimos que vamos mucho en buena hora, que Dios es la fuerza verdadera» ³⁸. En este sentido, la religión fue arma indiscutible de la conquista.

En el conquistador, esta religión aparece sin excesivas complicaciones; es una religión clara, objetiva, positiva en lo que cabe, práctica, sin temores a respetos humanos, porque no producen vergüenza un sentimiento y unas prácticas de las que todo el mundo participa a las claras y como la cosa más natural. El Inca Garcilaso nos cuenta que en el sitio del Cuzco, al llegar un momento desesperado para los españoles, «los que pudieron como podían y los indios les daban lugar, se confesaban con tres sacerdotes que tenían»; su exaltación y contrición ante la muerte eran grandes, y, añade el mismo cronista, «los demás se confesaban unos a otros, y todos llamaban a Dios y a los santos sus

36. «No se puede decir lo que sentí al verme tan sin remedio... y estando en esta perplejidad, Dios Nuestro Señor que de remediar semejantes necesidades siempre tiene cargo», dice HERNÁN CORTÉS, *Cuarta carta de relación de la conquista de Méjico*.

37. P. A. KIRKPATRICK, *Los conquistadores españoles* cit.

38. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.

devotos para morir como cristianos»³⁹; otra característica, en efecto, de la religión del conquistador era su devoción por los santos. Muchos han querido encontrar en esta devoción una entraña supersticiosa, pero en ese caso habría que llamar igualmente supersticiosa a toda la concepción religiosa medieval; en efecto, las devociones a los santos eran en el conquistador algo tradicional, algo que le venía sin duda de los todavía cercanos tiempos de la Edad Media. La importancia dada en la Península, por ejemplo, al culto del apóstol Santiago, todo el enorme prestigio europeo realizado por las peregrinaciones que cruzaban la Península camino de Compostela, fue trasladada igualmente a Indias. La tradición milagrera continuó aquí, atribuyéndose a Santiago muchas de las inverosímiles victorias conseguidas por los españoles. Así lo atestigua el Inca en uno de los episodios del sitio del Cuzco.

Sentimiento religioso del conquistador.

Pero no es solamente Santiago la mágica ayuda de los conquistadores; gran parte del santoral desfila en los recuerdos de muchos de ellos. Ruy Díaz de Guzmán refiere la aparición de san Blas⁴⁰. San Jorge se muestra en otras ocasiones. Respecto a la veracidad de estas apariciones, no es intento mío demostrarlas, sino solamente comprobar que existían a lo menos en la imaginación y sobre todo en el espíritu de fe de los conquistadores, aunque alguna vez se manifieste éste en un curioso y excepcional plano escéptico; tal es el caso de Bernal Díaz, veterano y desconfiado por temperamento. Sin embargo, este mismo Bernal se nos muestra en sus abundantes textos como el prototipo de ferviente cristiano y creyente sincero: «Y como somos hombres y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello... encomendándonos a Dios y a su bendita Madre Nuestra Señora»⁴¹.

Una de las facetas de este sentimiento religioso era en el conquistador la devoción mariana. Toda la historia de la hazaña de Cortés es un puro testimonio de esta devoción. En cada poblado, en cada ciudad azteca era colocada solemnemente una imagen de la Virgen María, a veces aun al lado de monstruosos y repugnantes ídolos. Antonio de Solís nos cuenta, a propósito de ello, cómo en una de las ocasiones un sol-

39. GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, *La conquista del Perú* cit.

40. RUY DÍAZ DE GUZMÁN, *Historia argentina* cit.

41. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.

dado se presentó al capitán voluntariamente para quedarse él solo cuidando del culto y respeto a la imagen de Nuestra Señora ⁴². Sabemos el nombre de este ermitaño de nuevo cuño que muy bien pudo haber figurado como protagonista en alguna de las *Floreccillas de San Francisco*: «llamábase Juan de Torres».

Es unánime la creencia de los conquistadores en su destino providencialista, y en que por tanto Dios no les podía dejar de su mano en los trances más apurados. Su tarea de conquista era, según ello, tarea de derecho divino: «E como traíamos la bandera de la Cruz y puñábamos por nuestra fe... nos dió Dios tanta victoria que les matamos mucha gente sin que los nuestros rescibiesen daño» ⁴³, explicaba Cortés a su rey. Abunda en la misma opinión el Inca Garcilaso ⁴⁴, y todas estas frases hacen reflejar un estado de ánimo colectivo ⁴⁵. Su valor afirmábase en esta seguridad de que «mediante Nuestro Señor Jesucristo habían de vencer todas las batallas y reencuentros».

La propia salvación era obsesión del conquistador. Francisco Pizarro, a pesar de las trágicas circunstancias de su muerte azarosa, en los últimos momentos sólo se preocupó de su destino futuro; nos lo cuenta su primo Pedro Pizarro: «Dicen que murió el marqués pidiendo confesión y hecha la Cruz con la mano y puesta en la boca» ⁴⁶. No, no era su religión «el manto cómodo que cubría una multitud de pecados», como creyó Prescott. Es sincero y de buena fe el arrepentimiento del conquistador en un momento determinado. Su moral andaba sin duda muy por debajo de su fe, pero ello no quiere decir que ésta fuera ficticia; no cabe la hipocresía en un sentimiento tan fuerte como el que llevó a Cortés en pleno triunfo a retirarse algunos días para dar cuenta a Dios de sus culpas ⁴⁷.

42. ANTONIO DE SOLÍS, *Conquista de Méjico* cit.: «Y no es de omitir la piadosa resolución de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida para cuidar del culto de la imagen...»

43. HERNÁN CORTÉS, *Primera carta de relación de la conquista de Méjico* cit.: «Crean vuestras reales altezas por cierto, que esta batalla fue vencida más por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas».

44. GARCILASO DE LA VEGA, el Inca, *La conquista del Perú* cit.: «Otros más bien considerados y celosos de la honra de Dios y del aumento de la Santa Fe Católica... decían que aquellas hazañas... eran maravillas que Dios obraba en favor de su Evangelio».

45. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.: «Muchas veces agora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos... y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios».

46. PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista... del Perú* cit.

47. HERNÁN CORTÉS, *Cuarta carta de relación de la conquista de Méjico* cit.: «Y allí estuve 6 días con los frailes, hasta dar cuenta a Dios de mis culpas».

Pero la religión en el conquistador no era solamente personal: «El español no tan sólo descubrió y conquistó, sino que además convirtió»⁴⁸. En América cada soldado se creyó un misionero, y realizó a veces la tarea evangélica de un modo violento y poco discreto, pudiendo más en él el ímpetu y la vehemencia de un deseo que el sentido común y la prudencia. En la conquista de Méjico tuvo que ser contenido Cortés en este sentido de una manera harto paradójica por el fraile de la Merced, fray Bernardo de Olmedo, que «hombre entendido y teólogo, dijo: Señor, no cure vuestra merced de más les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos»⁴⁹. Opinión contraria manifiesta el cronista López de Gómara al afirmar que «quitarles por fuerza los ídolos y ritos cerimoniales que tenían, fue causa de que escuchasen y creyesen a los predicadores»⁵⁰.

De todas maneras esta violencia fue sin duda perjudicial para el objeto que perseguían y también contribuyó no poco al desprestigio del conquistador. Es necesario, sin embargo, reconocer que la labor previa del conquistador respecto a la primera labor evangelizadora, fue en muchos puntos de gran utilidad para las posteriores tareas misionales. Cuando llegaron a Méjico los primeros frailes franciscanos, los indios mejicanos sabían ya algo de la existencia de un solo Dios todopoderoso, pero todavía no alcanzaban a comprender aquella extraña doctrina de la Redención.

Conclusión.

Mucho más se podría matizar y perfilar la psicología del conquistador, pero ello sería una obra ingente y de difícil ejecución. He procurado buscar en todo momento el camino de la imparcialidad; reconozco que en ocasiones me ha fallado esta búsqueda. También he evitado de intento que resultara una incondicional apología del conquistador, entre otras cosas porque no existe en el momento una razón concreta para ello. Hacer una división entre buenos y malos es demasiado poco serio para un tema de tanta trascendencia y de tanta importancia espiritual para nuestra historia.

48. CH. F. LUMMIS, *Los exploradores españoles del siglo XVI* cit.

49. BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de la Nueva-España* cit.

50. FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *La historia de las Indias y conquista de México* cit.

Mi deseo fue simplemente exponer una serie de cualidades temperamentales y circunstanciales del conquistador, y eso no de una manera arbitraria, sino ateniéndome siempre al documento antiguo o moderno. No he de sacar ahora consecuencias ni conclusiones: ellas debieran salir por sí propias de las páginas expresivas que me sirvieron de guía.

Tan sólo afirmaré de un modo rotundo que el conquistador español del siglo xvi—no el individuo de la colonia o el funcionario real—tenía una personalidad, un modo de ser definido. Su figura no se desvanece en un contorno gris, sino que se recorta claramente dibujada en el duro ambiente de la conquista, tan pronto con el bronco trazo de su condición dura y violenta, como con el vibrante rasgo guerrero de su ciego valor.

Le hemos visto en plena lucha entre su desmedida ambición y su lealtad al rey, su codicia por el oro y su en muchas ocasiones forzada disciplina, en una conjunción de cualidades positivas y negativas.

Lo hemos seguido de cerca, procurando colocar nuestro pensamiento de un modo acorde con su época y con los desmedidos sucesos que le acontecieron, y luchando por desechar prejuicios tradicionales muy explicables y hasta disculpables en nuestro orgullo nacional. Quiéramos haber llegado a penetrar en su mente y en su alma, y no nos ha sido posible; tal vez la razón haya sido la distancia de cuatro siglos que nos separa de él, y más que la distancia en el tiempo, el abismo de sentimientos que abrió una evolución histórica y cultural muy señalada.

De este modo, nosotros que quizá en el fondo somos lo mismo que ellos, no hemos podido captar plenamente la esencia de su psicología, pero sí intuir la de una manera lejana, comprendiendo sus reacciones en un campo nuevo y curiosamente extraño para los portadores de la vieja civilización latina.